SALVACIÓN Y OBJETIVIDAD

lagogonzalezmanuel@hotmail.com

La salvación, para mí, que viene desde siempre sumida en un bosque de ambigüedad. Y ello produce siempre en zaraguteo; o dicho de otro modo, un diálogo de besugos.

Por objetividad se entiende lo mismo que verdad; y por verdad no entiendo la visión que Dios tiene de todo el universo, sino lo poquito que nosotros somos capaces de saber. Ese poquito es verdad; todo lo parcial que se quiera pero verdadero. ¿Y que es verdadero? Verdadero es lo mismo que real: esa parte más o menos grande de real que se nos mete en la cabeza.

Y si lo que se mete en la cabeza son cinco seis o siete centímetros de extensión, son cinco, seis o siete centímetros, válidos para todo el mundo terrenal. Una verdad universal.

Por lo tanto estamos tratando del tema de la salvación objetiva, alias real, alias universal. Y si de esto no hablamos, no podemos hablar porque no hablamos de nada sino que estamos sumando heterogéneos. ¡Eh ahí la modernidad: una infinita suma de heterogéneos! Números exactos de no se sabe qué.

Por supuesto que si esto no es así, no hay en el mundo ciencia alguna. Y si lo es, el vulgo inmenso (educado por la dogmática moderna) le llamará a estas afirmaciones: radicalismo, dogmatismo. Pues a pesar de tal aseveración, la salvación de la que vamos a tratar, además de real objetiva verdadera y universal ha de ser también radical y dogmática.

La salvación que tratamos es la proposición divina manifestada al menos a lo largo de cuatro

mil años sucesivos desde Abrahán. Tal sucesión aunque sólo fuese literatura sobre el mismo sujeto es única. Es el mismo sujeto que va dejando su sello no dejando que nadie ocupe su puesto: "soy del Dios de Abrahán, de Jacob, de Moisés". Y Jesucristo: "Me voy a vuestro Padre y a mi Padre". (En una montonera de textos Jesús habla del mismo Dios y como tal se manifiesta).

Y las aplastantes manifestaciones divinas pasan los muros bíblicos para actuar también por multitudes de milagros incontestables dentro de la Iglesia católica cargada de pecadores. Pero en ella Dios ha vuelto a manifestar su presencia salvadora y misericordiosa con la debilidad humana. Fuera de sus muros su sentido de objetividad no le permite dar pábulo ni al subjetivismo, ni al escepticismo, ni a los antagonismos.

Fuera de la Iglesia católica hay puro subjetivismo al que falta la universalidad. La salvación fuera de la Iglesia católica no es objetiva tal como la muestran las manifestaciones divinas.

Pero dentro de la Iglesia católica se pueden dar colosales toneladas de subjetivismo que impiden igualmente una salvación objetiva. Incluso viene desde siglos atrás el cultivo de la salvación subjetiva. Ese modo es antagónico con la misma definición y razón de ser de la Iglesia universal tal cual está en la mente divina.

Objetivamente el tratamiento de la salvación desde el punto de vista subjetivo es una verdadera herejía una ofensa directa a Dios porque se sustrae de la objetiva y real manifestación divina y de la voluntad explícita de constituir un cuerpo moral y universal de la pertenencia a Dios. La Iglesia es universal en la mente divina. Es la de Pedro, los Apóstoles y los presbíteros y los hermanos..."in unum".

Por lo tanto todo tipo de sectas cristianas son subjetivas. Todas las religiones son subjetivas. Los fieles católicos –de cualquier condición o estado- que no confiesan la salvación objetiva mediante toda la fe y moral no son la Iglesia objetiva sino la subjetiva, que no existe: viven de una salvación subjetiva.

Pero la salvación subjetiva tiene el mismo futuro que el que tiene el falso profeta del que trata el libro de Apocalipsis: la condenación eterna. ¿Por qué? Por haberse atrevido a cambiar palabras de lo que Dios quiere.

San Pedro, en el Primer Concilio de Jerusalén, cambió –con su autoridad divina- normas bíblicas sobre la salvación.

lagogonzalezmanuel@hotmail.com